

El TNC estrena 'Arcàdia', de Tom Stoppard, teatro de ideas y comedia

■ La obra más aplaudida del famoso guionista de *Shakespeare in love* llega a la sala Petita dirigida por Ramon Simó y traducida por Màrius Serra

BARCELONA. (Redacción.) – “No (yo no soy filósofo) pero tengo una inclinación filosófica, supongo”, declaraba Tom Stoppard en 1994. A Stoppard, nacido el 3 de julio de 1937 en Zlin, antigua Checoslovaquia, le conocemos en nuestro país por una obra de teatro que fue su primer gran éxito internacional *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* (1967) y de la que hemos visto dos montajes en los últimos cinco años. Pero Stoppard es también un gran guionista de cine que ha trabajado en películas como *Shakespeare in love* (1998), *El imperio del sol* de Spielberg (1987) o *La casa Rusia* (1990), títulos que sonarán mucho más a los lectores toda vez que el teatro es un arte local y artesano. De este autor que compró en la casa de maletas T. Anthony de Park Avenue, en Nueva York, un *bibliomaletín* con ruedas para llevarse consigo en sus viajes los libros que más le interesaban, se presenta a partir del jueves en la sala Petita del Teatre Nacional de Catalunya *Arcàdia* (1993), considerada por la crítica (premio Laurence Olivier al mejor texto teatral) y avalada por el éxito de público como una de sus mejores obras entre la veintena que ha escrito y estrenado en Inglaterra y Estados Unidos.

Sobre traducción de Màrius Serra (“Es una obra redonda. Palabras mayores”) y con dirección de Ramon Simó (“Acercar el teatro de ideas a la comedia e incluso a la farsa”), *Arcàdia* plantea el combate entre la razón y el sentimiento, entre el orden y el desorden, entre determinismo y azar. Y lo hace a través de una historia en la que jardinería y matemáticas se mezclan con las relaciones personales de dos grupos de personajes que recalcan en el mismo jardín en tiempos muy distintos.

La acción transcurre por entero en Sidley Park, la casa de los condes de Croom en los primeros años del siglo XIX y simultáneamente en los últimos del siglo XX. Una acción con muchos vericuetos y difícil de resumir. En 1809, la vida en Sidley Park es plácida y civilizada. Thomasina Coverly (Mar Ulldemolins), hija mayor de los condes, recibe lecciones particulares de un tutor muy particular, Septimus Hodge (Bruno Oro), científico educado en Cambridge. Thomasina es un prodigio en matemáticas, la ciencia exacta por naturaleza, pero que a la joven no le sirve para describir los objetos de la vida cotidiana, co-



Cristina Plazas y Victòria Pagès, durante los ensayos de *Arcàdia*

mo no le sirven las leyes de Newton al aplicarlas a formas irregulares como las hojas o la rosas. Septimus está enamorado de la madre de Thomasina, Lady Croom (Cristina Plazas), pero cede ante los arrebatos de la mujer de Mr. Ezra Chater (Santi Ricart). Lord Byron llega a la casa e involuntariamente causa un estropicio que acabará en duelo.

La obra mezcla la intriga sentimental con reflexiones sobre la ciencia y la filosofía

Ya en las postrimerías del siglo XX, Bernard Nightingale (Jordi Martínez) investiga lo ocurrido con la ambición de encontrar pruebas sobre la participación de Lord Byron en el duelo y un posible asesinato. En la casa trabaja Hannah (Victòria Pagès) investigando sobre el paso de una tipología de jardín a otra, o lo que para ella es lo mismo, de la ilustra-

ción al romanticismo. Hannah pide a un descendiente de los condes, Valentine Nightingale (David Bagès), matemático como Thomasina, que le asesore con unos legajos que ha encontrado con la ayuda de sus hijos Gus (Dafnis Balduz), quien decidió dejar de hablar a los cinco años, y Chloë (María Molins), muy preocupada por el sexo y los sentimientos. Apliquemos a todo esto nociones de matemáticas elementales (ecuaciones de primer grado, por ejemplo) y fracasemos, como les ocurre a los investigadores del siglo XX cuando malinterpretan lo que sucedió en 1809. Su conocimiento fragmentario les lleva al error. “El pasado se hace desorden”, sentencia el director.

Simó elogia la mezcla entre intriga amorosa y los razonamientos sobre la ciencia, la filosofía y la investigación académica “en una brillante peripecia”. En un solo espacio escénico (Bibiana Puigdefàbregas), la acción va y viene saltando en el tiempo de forma alternativa a lo largo de tres horas de representación.●

JOSEP MARIA RUIZ SIMON

Actualizaciones

Escena: teatro Tivoli. Representación de *Un enemigo del pueblo*, de Henrik Ibsen, en versión de Juan Mayorga para el Centro Dramático Nacional. Cuarto acto. El doctor Thomas Stockmann se dirige a los ciudadanos reunidos en asamblea, a los que ha convocado para explicarles el contenido del informe sobre la insalubridad de las aguas del balneario. Mayorga, que ha roto brechtianamente la *cuarta pared*, hace que el personaje interpretado por Francesc Orella interpele directamente a los espectadores. El público se convierte así en la ciudad a la que se enfrenta Stockmann. El doctor le lanza su famoso alegato: “Ése es, precisamente, el gran descubrimiento que he hecho hoy: el mayor enemigo de la razón y de la libertad es el sufragio universal”. Un sector de la platea estalla en un aplauso entusiasta. Al hacerlo, se distancia de su papel de figurante en la asamblea de ciudadanos, donde sólo un borracho parece dispuesto a escuchar las razones del médico. Y, distanciándose de su papel, crea un singular efecto dramático que cabría interpretar como un efecto colateral de la apuesta por ganar Brecht para Ibsen en una Barcelona en la que la rebelión aristocrática parece tener más partidarios que en las ciudades balnearias noruegas de fines del siglo XIX.

Se suele hablar de los clásicos como de autores u obras que, a pesar de su avanzada edad, aún tienen algo, o más bien mucho, que mostrar. Pero tras la extensión al arte dramático de los principios de la era de la cirugía estética, nadie pone en escena un clásico sin antes hacerle una liposucción, un arreglo de nariz, un lifting o un implante de silicona. Como si su actualidad dependiera precisamente de su actualización, de lo que se le añade, de lo que se le quita y de lo que se transforma. Mayorga, que ha reescrito casi toda la obra, ha hecho un amplio uso del bisturí con *El enemigo del pueblo*. Pero resulta difícil valorar si el resultado se corresponde con el objetivo porque, a diferencia, por ejemplo, de lo que sucedía con la famosa versión de Arthur Miller, no queda muy claro lo que esta actualización pretende. La adaptación de Miller, realizada en plena caza de brujas, buscaba la identificación del doctor Stockmann con los intelectuales perseguidos por la Comisión de Actividades Anti-

NO QUEDA claro lo que Mayorga pretende con este Ibsen ambiguo y recauchutado

americanas presidida por McCarthy. Tras ver la versión de Mayorga, Sergi Dòria escribía en *ABC*: “En el siglo XIX, ilustrados y científicos sufrían persecución por una plebe iletrada y oscurantista; hoy, liberales y no nacionalistas son demonizados por el pseudoprogresismo”. ¿Sería hoy Thomas Stockmann un asiduo de la FAES, pertenecería al grupo promotor del Partido de los Ciudadanos? Es una lectura quizás no buscada pero no imposible de este Ibsen ambiguo y recauchutado que se estrenó en Madrid cuando se calentaban los motores del juicio por los atentados del 11-M. En una de sus epístolas dominicales, Pedro J. Ramírez ofrecía otra lectura no imposible identificando la posición de su periódico ante estos atentados con la del doctor Stockmann ante el envenenamiento de las aguas. No acaba de saberse de qué quería hablar Mayorga al prestarle su voz a Ibsen. Pero me jugaría un guisante a que, en la aristocrática minoría que irrumpió en aplausos al escuchar que el mayor enemigo de la razón y de la libertad es el sufragio universal, eran masiva mayoría quienes oyeron una alusión a la legendaria derrota electoral del PP a manos del malvado grupo Prisa.●

CRÍTICA DE JAZZ

Contra la asepsia, justicia poética

TEMÀTICA LOU

Intérpretes: Pau Bombardó Quintet (Bombardó, batería; Joan Chamorro, saxo barítono; Eduardo Blanco, trompeta; Cristóbal Montesdeoca, teclados; Pere Loewe, contrabajo)
Lugar y fecha: *Naumon* (28/III/2007)

MINGUS B. FORMENTOR

El jazz, su espíritu, jamás abrigó sueños de extensión. Nunca le han sido imprescindibles para su supervivencia. Pero difícilmente hubiese cumplido un siglo largo con semejante lozanía de no haberse entregado siempre a los oníricos brazos de

la profundidad. De modo equívale, para ser lo que es y dice ser, el jazz, en su corporeidad esencial, jamás se llevará bien con los asépticos contenedores burgueses, esos teatros/auditorios libres de humos y copas, ahitos de línea clara hecha arquitectura, de luces de quirófano y envaradas posturas sedentes. Nos lleve hacia donde nos lleve el presente, lo que no puede ser no puede ser.

Por eso, entre otras muchas cosas, el homenaje a la jugosa obra del gran organista Lou Bennet vivido la noche del pasado sábado a bordo de la *Naumon* furera nos quedará tan indeleble y agradablemente impresa en nuestra memoria. Cuerpo y alma de jazz en un lugar, no por insólito, menos aristotélicamente natural. Un auténtico placer travestido

de lujo asiático en su aparente cunetez, una de esas pequeñas maravillas que hacen de Barcelona ciudad de especial relevancia planetaria.

Temática Lou es un más que justo, sentido y precioso homenaje en el que todo y todos rayan a la altura de la excelencia. Sin perifollos, tuétano puro, gran música servida en magistral interpretación, música repleta de vida servida con vitalidad, respetuosa rememoración que inclina a rendir pleitesía, y grande, a los rememoradores. Rodeando el recinto, los trabajos plásticos de Sagar. En el escenario, un quinteto nucleado en torno a la batería de Bombardó que ejecuta en punto dulce, con abundancia de escorzos que rozan lo sublime, haciendo difícil destacar nada y a nadie porque todo y todos están en onda de gran brillo.

En la primera parte, extracto de Lou Bennet, un jazzman *d'esprit* que contribuyó a la apreciación de



Lou Bennet, al órgano

esa música abierta en nuestro país desde finales de los sesenta hasta su muerte (1997). Actuando tras una pantalla de gasa sobre la que se sucedían proyecciones (obra de David Cid, el espíritu impulsor tras el evento) del gran hammondista norteamericano, el grupo desbordó alma, corazón y vida transmutadas en jazz sin fecha de caducidad. En la segunda, siguió en punto de hervor el sollado de la *Naumon* con floresta varia, centrada la mayor parte en obra del gran barítono Pepper Adams, con lo que se potenció el lucimiento de uno de los héroes de la noche, Joan Chamorro. Una sesión de las que dejan huella en un escenario de los que pueden crear adicción de la canónica. Hay noches en que la ciudad de los milagros guiña un ojo a los que se niegan a abrazar la asepsia dominante. Albricias y cerradísimo aplauso. Lou debió sonreír desde la línea del horizonte.●